

PÁJAROS Y HOMBRES,

POEMA DE UN DESCONCIERTO,

POR

D. EDUARDO BUSTILLO.

PÁJAROS Y HOMBRES,
POEMA DE UN DESCONCIERTO.

—
SINFONÍA.

I.

De amor sienten la llama
El pájaro y el hombre;
La misma ley divina los reclama;
Mas juro por mi nombre
Que, miéntras canta el pájaro en la rama,
De su pasión sencilla siempre ufano,
El hombre, que es de Dios perfecta hechura,
Por no llevar su voz á tanta altura,
Cuando quiere cantar, canta en la mano.

El día en que perdiste el paraíso,
Rey de la creación, perdiste un trono;
Y si Eva, nuestra madre, así lo quiso,
Yo, que soy un Adán, se lo perdono.

Por saber lo ignorado se moría,
Su compañero, al fin, era inocente,
Y que ella se muriera no quería
Por no aburrirse luégo eternamente;
Y además, ¡prometía
Unas cosas tan dulces la serpiente!

II.

Mas hoy los pobrecitos hijos de Eva,
Que la historia de Adan no hallamos nueva,
Y que al comer la fruta consabida
Ya nos hemos comido la partida;
Nosotros, que del mal nada ignoramos,
Y que en prestar oido
A la serpiente vil nos deleitamos,
Y, al escuchar su seductor silbido,
Dentro del corazon la acariciamos;
Que, de la audaz malicia el alma llena,
Ó de torpes deseos con gran copia,
Ni escarmentamos en cabeza ajena,
Ni hallamos freno en la desgracia propia;
Nosotros, sí, los reyes
De derecho divino, en fin, los hombres,
Que á la flor y á la piedra damos nombres,
Y á la bestia feroz dictamos leyes,
Con la razon altiva por corona,
Y por cetro la espada,
Tenemos que rendir la Real persona
Y humillar nuestra frente coronada
Ante un débil vasallo, un pajarillo,
Que, entonando en la rama sus canciones,
El templo labra de su amor sencillo
Y de eterna moral nos da lecciones.
Y aquí á la sinfonía doy ya punto,
Que expuesto dejo el fondo de mi tema,
Y voy á entrar de lleno en el asunto
Que encierra el interes de mi poema.

CANTO PRIMERO.

MÚSICA DE LA TIERRA Y MÚSICA DE LOS CIELOS.

I.

Era de un viejo guarda-bosques hija
La preciosa Leonarda;
Con vivo celo y atencion prolija
Todo en su bosque lo guardaba el guarda,
Méno á aquella niña encantadora,
Ya su postrer consuelo
Desde que, en muy mal hora,
Vió á su santa mujer tornar al cielo.
Y aquel bendito padre
Pensaba que á su niña
El ejemplo bastaba de la madre,
Y que mujer hermosa es una viña
Que en sí lleva la guarda, ó no la tiene
Si la mujer no es cuerda,
Aunque la acote el dueño y la condene
A perro que vigile, ladre y muerda.
Y, en fin, el pobre viejo,
Que nunca vió en su bolsa más que el cobre,
Alegre á su humildad oyó el consejo
De que jamas Amor busca su espejo
En mujer olvidada, oscura y pobre.
Pero á su gusto lo dispuso el diablo,
No como el guarda imaginarlo quiso,
Y Amor, sin disparar más que un venablo,
Pudo herir á Leonarda hiriendo á Pablo,
Que encontraba en el bosque un paraíso.

II.

Era Pablo un muchacho
Ingenioso y alegre y vivaracho,
Por gracia del maestro
En leer y escribir bastante diestro,
Y aún por la aldea circuló la idea
De que Pablo poner logró en un brete
Nada ménos que al cura de la aldea
Por lo bien que glosaba al padre Astete.

Con todo su saber el pobre chico,
Que sólo en ilusiones era rico,
Si no cortaba leña no comía
Su pan de cada día;
Y esa necesidad, que es la primera,
Trajo la del amor, que no podría
Ahorrarse ya el rapaz aunque quisiera;
Pues lo que en broma habian empezado,
El cantar, la sonrisa y el piropo,
Llegó en véras al límite vedado
De un beso prometido al pié de un chopo.

Ni vió ni oyó el anciano, ni hubo riña
Para bromas y véras de Leonarda;
Pues, siempre con su idea de la viña,
Ménos á aquella encantadora niña,
Todo en el bosque lo guardaba el guarda.

III.

La tarde parecia de verano;
El viejo en un pinar quedó dormido;

El rapaz dejó el hacha de la mano,
Deslizóse sin ruido
Del silvestre avellano
Y el zarzal, por las sombras protegido,
Y junto al chopo aquel de la promesa,
En un recinto plácido y ameno
Donde es la fronda espesa,
El ambiente de aromas está lleno
De zarzamora y de montés frambuesa,
Y el claro arroyo, que corriendo aprisa
De la montaña viene,
Deleitando á las flores con su risa,
En murmurar de todo se entretiene;
Allí fué donde, trémulo de gozo,
Halló á Leonarda Pablo, y allí donde
Va á reclamarla con afán de mozo
Y acento á que el amor siempre responde.

IV.

Y cuando ya la lengua enmudecía,
Y de ardientes antojos,
Ya sólo la pasión hablar podía
Con temerarias frases de los ojos,
Un ruiñeñor, que estaba el nido haciendo,
Asustado salió de entre el follaje,
El peligroso giro interrumpiendo
De aquel mudo y diabólico lenguaje.

Con tan leve rumor sobrecogidos,
Declarando su falta de inocencia,
Los amantes, sin verse arrepentidos,

Darse cuenta pudieron de que hay ruidos
Que hablan como la voz de la conciencia.

Atenta el ave al fin á su cuidado
Más que á los dos amantes indiscretos,
Que, en fuerza de callar, tanto han hablado,
Toma el nido y retoma, y sale y entra
Tranquila y sin enojos,
Llevando el útil material que encuentra
De la rica floresta en los despojos.

Por dar fin á su obra
Trabaja sin descanso la avecilla,
Pues le causa zozobra
El hondo afan con que el futuro esposo
La requiere, la apremia, la persigue,
Y áun esfuerza su acento melodioso
Porque el amor del arte más la obligue.

Y el galan ruiseñor, altivo, fuerte
Y envidia de cantantes,
Que ya de algun rival causó la muerte,
Allí, á la vista de los dos amantes,
En seguir se divierte
A su adorada en sus variados giros;
Mas como ella su juego esquivaba tanto,
A su alta rama vuelve, y son suspiros
Las dulces notas de su nuevo canto.

V.

Aquel cantor que enalteció la escuela
De su sentido hermano Filomela,
Pide al amor el tono á que se ajusta,

Pues de él espera ricos galardones,
Y sabe que á las hembras siempre gusta
Oír sobre ese tema variaciones.

Y como ha visto allí seres humanos
Que el amor arrastraban por los suelos
Con aficion á juegos de villanos,
En el idioma puro de los cielos,
Poniendo por testigos á las flores,
Quiere enseñarles el alado artista
Cómo entre ruiseñores
El amor de las hembras se conquista.

Y el rey de los tenores de la fronda,
Con muy tierna querella
A su amada obligando á que responda,
Se excede en su cancion sentida y bella,
Y entre escalas y trinos y ligados,
Lanzando un admirable *dó* de pecho,
Ante Leonarda y Pablo entusiasmados
Ve su orgullo de artista satisfecho.

Desde su nido la hembra enamorada,
Por reclamos tan altos obligada,
Mirando á su galan atentamente,
Con suave *pío pío*,
Contestarle queria lo siguiente:
«¡ Muy bien, ídolo mio!
» ¡ La cancion es preciosa! ¡ Como tuya!
» Tú el premio alcanzarás; mas, por ahora,
» ¡ Ay! déjame que huya,
» Aunque tu dulce acento me enamora;
» Déjame que fabrique
» Un templo á la pasion que nos abrasa,

» Para que Dios en él la santifique
» Y despues nuestros hijos tengan casa.
» No tomes por desden este desvío,
» Y, miéntras pongo fin á mi tarea,
» Canta, canta, bien mio,
» Pues tu voz me da aliento y me recrea;
» Y mañana tal vez, cuando improvises
» Tu cancion á la luz del nuevo dia,
» Podrán venir alondras y malvises
» A celebrar tu bien y mi alegría.»

VI.

El ruiseñor la entiende y vuelve al canto,
Y miéntras ella á su trabajo vuelve...
¡ Ah! sí; pero entre tanto
Las dudas de Leonarda ¿quién resuelve?...
¿ Por qué á cantor de tan soberbia traza,
El ave, á quien amor así convida,
Duramente rechaza
Al mirarse de cerca requerida?

Aunque es su amante Pablo tan leido,
Se ve con duda tal puesto en un brete,
Y áun sabiendo glosar con buen sentido
La doctrina moral del padre Astete,
A contestar no acierta; si acertára,
No escucharia con pasion avara
Los consejos del diablo,
Y á tiempo se diria: «¡ Guarda, Pablo!... »

No sabe contestar, pero sí sabe
Preguntar á su vez con egoismo:

« Muy cruel ha sido el ave;
» ¿ Serías tú capaz de hacer lo mismo? »
Y la pregunta trae á su memoria
El prometido beso;
Y aquí el cuento de amor pica en historia,
Que era ardiente la tarde con exceso,
Penetrante el perfume de las flores,
El sitio solitario, y... ¡ ay Dios mio!
¿ Por qué, por qué en amores
No tiene el hombre, rey por su albedrío,
La virtud de los castos ruiseñores?

VII.

Y caia la tarde lentamente,
Y el aura susurraba entre las hojas,
Y ellos bajaban con rubor la frente,
Pálidas las mejillas, ántes rojas.
Y aquel arroyo claro y cristalino,
Que de todo murmura,
A cuantas flores halla en su camino
Del monte y la llanura
En secreto les dice cuanto sabe;
Y ellas tiemblan, le llaman indiscreto,
Y no se duermen sin cerrar con llave
En el fondo del cáliz el secreto,
Pues se trata de amor y el caso es grave.
Y ya Pablo y Leonarda,
Baja la vista, vacilante el paso,
Sintiendo con vergüenza lo que tarda
En hundirse la luz en el ocaso,

Huyendo van del plácido recinto
Donde el ave afanosa,
Que trabajó con maternal instinto
Ántes de que el amor la hiciera esposa,
En su acabado nido se recrea,
Donde la arrulla con su dulce canto
Aquel que ama la luz y la desea,
Aquel que de esperanzas vive tanto,
Que en la luna, con cándida porfía,
En el lucero, en las estrellas todas,
Ya sueña ver el sol del nuevo día
Viniendo alegre á celebrar sus bodas.

CANTO II.

ROMANZA-ARIA FINAL.

I.

Del guarda en la casita
No hay más de lo que el viejo necesita,
Con su hija idolatrada,
Viña muy rica, pero mal guardada.
Un cuarto reducido,
Con una cama estrecha casi lleno,
Donde el guarda dormir siempre ha podido,
Sordo á la envidia, á la ambicion ajeno:
Luégo el hogar humilde, que conviene
Del pobre á las comidas más frugales,
Aunque en él vivo el fuego se mantiene
Sin eternos cuidados de vestales:
Y, en fin, el dormitorio de Leonarda,
Donde ella con empeño
Santos recuerdos de su madre guarda,
Que ahora la impiden conciliar el sueño;
Pues de un consejo le habla cada prenda,
Que, por su mal, la niña dió al olvido,
De amor en la contienda
Prestando sólo á su pasion oido.
Los ojos de su alma, ya sin venda,
No ven quizá la inmensidad del daño,
Pues ama la muchacha con locura,
Y encuentra no sé qué placer extraño
Al pensar en su propia desventura.